

CONOCER Y VIVIR LA BIBLIA



PEDRO I.
FRAILE

La palabra de los sabios

Sabios, historiadores y profetas. Hombres de la palabra, del libro o de la vida. Personas creyentes, activas, reflexivas. La palabra de Dios se va desvelando en múltiples facetas que abarcan todos los campos de la experiencia humana. Sabio es el creyente que toma la experiencia, la contempla y la sabe ver con los ojos de Dios. Sabia es la persona que va más allá de lo inmediato, que se deja sorprender, saber sacar una enseñanza y pronuncia una palabra de súplica o de alabanza. El sabio que descubrimos en la Biblia tiene la sagacidad de la persona despierta, la necesaria distancia para el juicio que dan los años, la perspicacia de quien va más allá de lo inmediato, la luz que brota de la fe en Dios. Pero la sabiduría no es una «propiedad particular» reservada a unos pocos elegidos y que dura eternamente. La sabiduría es un don que se suplica, una realidad que viene de Dios, que se ve sometida a la prueba y a la crisis. Saber es saborear. Ser sabio, según la Escritura, es saborear la vida desde la confianza en Dios.

Sabia es la persona que va más allá de lo inmediato, que se deja sorprender, saber sacar una enseñanza y pronuncia una palabra de súplica o de alabanza.

¿Quiénes son los sabios?

Nuestro término «sabio» no describe adecuadamente la realidad de estos personajes del antiguo Israel. Para nosotros sabio es una «persona que posee grandes conocimientos o que se dedica al estudio o a la investigación con grandes resultados». Tendríamos cierta imagen caricaturizada del sabio como persona despistada, abstraída en su ciencia, alejada de los problemas diarios, con escaso sentido práctico. Esta imagen, que no nos vale para nosotros, mucho menos vale para los antiguos.

Al hablar de los «sabios» de Israel (en hebreo *hakamim*) nos referimos a un grupo de personas que incluye a personajes muy diversos. Desde el punto de vista de la Institución abarca a un grupo de personajes de la Corte.

En el Antiguo Oriente era frecuente que los monarcas se rodearan de personas de reconocido prestigio, que se encargaban de la educación de los príncipes y de aconsejar al monarca en sus decisiones (2Sam 13,3; 14,2; 20,1).

Salomón es el sabio por excelencia. Según el libro de los reyes, el hijo de David prefiere discernimiento y buen juicio antes que riquezas: «El Señor se apareció en sueños a Salomón y le dijo: Pídeme lo que quieras. Respondió Salomón : (...) Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el mal del bien, pues ¿quién sería capaz de gobernar a este pueblo tan numeroso?.

Al Señor le agradó que Salomón hubiera pedido aquello y Dios le dijo: «Por haber pedido esto y no haber pedido para ti vida larga ni riquezas ni la vida de tus enemigos, sino que pediste discernimiento para escuchar y gobernar, te cumpla tu petición: te doy un corazón sabio e inteligente como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti» (1Re 3,5.9-12).

Desde el punto de vista del pueblo, sabio es el artesano que hace bien un oficio (Ex 28,3; 31,3; 1Re 7,14; Is 40,20; Ez 27,8). Es la sabiduría popular, producto de la observación, de la experiencia, de la sagacidad, del sentido común y de los años:

derecha: El rey es conducido por dos sabios ante la presencia de la Sabiduría personificada. Milán.

abajo: La justicia. Martín de Bartolomeo, 1389-1434. Siena.



«¿No está en los ancianos la sabiduría y la prudencia en los viejos?» (Job 12,12; 15,10).

**Saber es saborear:
ser sabio, según la
Escritura, es saborear
la vida desde la
confianza en Dios.**

El sabio se preocupa de saber cómo conducir la vida para obtener la verdadera felicidad. Es el experto en el arte del bien vivir. Se trata de un investigador del sentido profundo de las de las cosas: lanza al mundo una mirada lúcida; sabe lo que se oculta en el corazón humano.

El sabio es sensible a la grandeza del ser humano: «El Señor formó al hombre de la tierra...lo revistió de un poder como el suyo y lo hizo a su propia imagen...les concedió inteligencia y en herencia una Ley que da vida; hizo con ellos alianza eterna enseñándoles sus mandamientos...» (Eclo 6,24 17,14).

Pero el sabio es consciente también de su debilidad: «Dios ha repartido una gran fatiga y un yugo pesado a los hijos de Adán, desde que salen del vientre materno hasta que vuelven a la madre de los vivientes: preocupaciones, temor de corazón y la espera angustiosa del día de la muerte.» (Eclo 40,1 2)

Al sabio le angustia la pregunta acerca de la muerte: «¡Oh muerte, qué amargo es tu recuerdo para el que vive tranquilo con sus posesiones, para el hombre contento que prospera en todo y tiene salud para gozar de los placeres!...» (Eclo 41,1 4).

El sabio desencantado que se esconde en el libro del Qohelet medita acerca de la impresión de vaciedad que le deja su vida: «¿Qué saca el hombre de todas las fatigas que lo agotan bajo el sol? Una generación se va, otra generación viene, mientras la tierra siem-

pre está quieta. Sale el sol, se pone el sol, jadea por llegar a su puesto y de allí vuelve a salir. Camina al sur, gira al norte, gira y gira y camina el viento. Todos los ríos caminan al mar y el mar no se llena; llegados al sitio adonde caminan, desde allí vuelve a caminar. Todas las cosas cansan y nadie es capaz de explicarlas. No se sacian los ojos de ver ni se hartan los oídos de oír. Lo que pasa, eso pasará; lo que sucedió eso sucederá; nada hay nuevo bajo el sol. (Ecl 1,4 9)

¿De qué fuentes bebe el sabio?

El sabio no busca la respuesta a los problemas de la vida en los archivos, como el historiador, ni en el contacto directo con la palabra de Dios, como el profeta. El sabio de Israel busca sus fuentes en la experiencia humana iluminada por la fe. A diferencia del profeta, el sabio no dice «oráculo del Señor» ni «así dice el Señor», sino que se conforma con un modesto: «Hijo mío, guarda los consejos de tu padre, no rechaces las instrucciones de tu madre» (Prov 6,20).

Pero no se trata sólo de observar y partir de la experiencia propia o ajena. El sabio bíblico estudia y reflexiona:

«Mi abuelo Jesús, después de dedicarse intensamente a leer la ley, los profetas y los restantes libros paternos, y de adquirir un buen dominio de ellos, se decidió a componer por su cuenta algo en la línea de la sabiduría e instrucción.» (Prólogo no canónico del traductor del Eclesiástico)

La sabiduría es, por fin, un don de Dios: «Toda sabiduría viene del Señor y está siempre con Él» (Eclo 1,1). De Dios procedía la que hizo famoso a Salomón y de Dios procede todo verdadero conocimiento. Por eso el sabio de Israel, sobre todo en las últimas épocas, es un

***El sabio se
preocupa de
saber cómo
conducir la
vida para
obtener la
verdadera
felicidad.
Se trata de un
investigador
del sentido
profundo de
las cosas:
lanza al mundo
una mirada
lúcida; sabe lo
que se oculta
en el corazón
humano.***



Salomón adornado como un rey del S. IX. En la mano tiene un rollo que profetiza la muerte cruel de Xto.



Personificación
angélica de la
sabiduría.

*El temor de
Dios, bien
entendido,
lleva al orante
al respeto, a la
confianza y al
amor.*

Daniel salva a
Susana. Ilustración
del mandato: «No
pronunciar falso
testimonio».
Giuseppe Banachia,
s. XVII. Sciacca.

hombre profundamente religioso que
«madruga por el Señor y reza delante
del Altísimo» (Eclo 39,5), ya que sólo
Dios puede «llenarlo de Espíritu de
inteligencia» (Eclo 39,6).

La sabiduría como habilidad y sensatez

En hebreo se usa principalmente
la palabra *hokmah*. Ahora bien,
¿cómo traducirla? La finalidad de la sa-
biduría es descubrir las reglas de la vida
cotidiana, y esto mismo la hace ade-
cuada para todos los hombres.

Supone la *habilidad* del artesano y
la habilidad práctica para conducirse
en sus asuntos propios:

Hijo, no emprendas muchos negocios,
que si lo haces no saldrás bien parado (...)
Sé fiel a tus deberes y persevera en ellos,
hazte viejo en tu trabajo (Eclo 11,10.20)

la adversidad (Eclo 6,6-8)

No discutas con hombre charlatán
ni echés más leña a su fuego (...)

Con el necio no tengas confidencias
porque no sabrá guardar tu secreto
(Eclo 8,3.17)

Es también *discernimiento* en el jui-
cio y en la valoración de las situacio-
nes y de las personas sin dejarse llevar
por las apariencias:

Los necios repiten lo que oyen;
los sabios ponderan sus palabras.

El necio dice lo que piensa;
el sabio piensa lo que dice (Eclo 21,25-26)

No alabes al hombre por su prestancia

ni desprecies a nadie por su aspecto.

Pequeña es la abeja entre los que vuelan,
pero su producto es el más dulce.

No presumas de la ropa que llevas, ni te
engrías cuando se te honra (Eclo 11, 2-4)

El sabio de Israel busca la respuesta a los problemas de la vida en la experiencia

Es *prudencia* en el lenguaje, gestos,
comportamiento:

No pongas la confianza en tus riquezas
ni digas: con esto me basta.

No dejes que tus instintos y tu fuerza
vayan tras las pasiones de tu corazón.
(Eclo 5.1.2)

Es *picardía* para saber moverse en la
vida diaria:

Hay quien se pierde por respeto humano,
y quien se pierde por hacer caso a un necio.
Hay quien hace promesas a su amigo por
vergüenza y se gana un enemigo sin nece-
sidad. (Eclo 20,22-23)

En definitiva, la sabiduría es *sen-
satez* o *cordura* para actuar con dig-
nidad, sencillez y bondad en la vida
diaria:

No presumas de listo al hacer tu tarea,
ni te jactes cuando estés en aprietos.

Más vale el que trabaja y vive en la abun-



dancia que el que presume y no tiene ni para comer.

Hijo, valórate con modestia y apréciate en tu justo valor.

¿Quién defenderá al que se daña a sí mismo?
¿Quién estimará a quien a sí mismo se deshonor?

Al pobre se le honra por su inteligencia, al rico por su riqueza.

El estimado en la pobreza, ¿cuánto más lo será en la riqueza?

El despreciado en la riqueza ¿cuánto más en la pobreza? (Eclo 10,26-31)

Es necio y presuntuoso quien se muestra seguro de sí mismo creyendo tener todo previsto y calculado: «No te tengas por sabio, teme al Señor y evita el mal» (Prov 3,7).

Sabiduría y temor de Dios corren la misma suerte: el crecimiento en temor de Dios hace crecer la sabiduría, como la maduración en la sabiduría desarrolla el sentido del «temor de Dios». Por ser una expresión que puede conducir a equívocos, y para evitar

La finalidad de la sabiduría es descubrir las reglas de la vida cotidiana, y esto mismo la hace adecuada para todos los hombres.

«La sabiduría no es don estático, confiado de una vez para siempre en estado perfecto, sino que es dinámica, con algo de vida vegetal: en su proceso parte de un crecimiento hacia una plenitud, de una raíz hacia una corona; y en todo el proceso va ligada al temor de Dios. Aunque el hombre no la pueda abarcar, porque es anterior y superior a él, puede trabajar por ella y con ella, hacia la plenitud, en contacto constante con Dios: programa sapiencial de inmenso horizonte.»
(L. Alonso Schökel)

izquierda: Salomón amaestra a los discípulos. Miniatura del s. XIV. Viena.

derecha: Maestro y discípulos. Detalle del arca de Martín Aliprandi, s. XIV. Milán.

Sabiduría y temor de Dios

Desde las más antiguas colecciones de Proverbios, aparece con claridad la convicción de que tanto en los conocimientos como en los proyectos del hombre se encuentra la voluntad de Dios: «El hombre medita muchos planes, pero se cumple el designio de Dios» (Prov 19,21).





Salomón enseña a numerosos hombres y mujeres. En el centro de la miniatura del s.XV está la escritura hebraica mishle (Proverbios). Museo Israelí.

El sabio de Israel es un hombre profundamente religioso que «madrega por el Señor y reza delante del Altísimo» (Eclo 39.5), ya que sólo Dios puede «llenarlo de espíritu de inteligencia» (Eclo 39.6).

que se entienda como «terror a Dios», algunas traducciones prefieren hablar de «respetar a Dios» o de «honrar a Dios». Sin embargo, es mejor mantener la expresión bíblica y explicarla.

El «temor de Dios» es una noción compleja que contiene prácticamente todo el comportamiento del creyente hacia Dios. No es sinónimo de pánico ante su presencia o de miedo a un castigo por algún error que pueda cometer el hombre. El «temor de Dios», bien entendido, lleva al orante al respeto, a la confianza y al amor. Es reconocimiento y adoración al Dios que es totalmente Otro y que sin embargo se hace presente en la vida. Es la firme adhesión del creyente hebreo a su Dios porque ha experimentado la presencia, el poder benéfico y la fidelidad divina a pesar de los pecados humanos.

La expresión «temor de Dios» se aproxima a lo que nosotros designamos como «sentido religioso». Puede dominar el aspecto moral de «guardar los mandamientos», pero tiene más bien la dimensión positiva que lo hace comprender como «respeto reverencial» o como «adoración gozosa».

Así se comprende el himno que el libro del Eclesiástico le dedica en el primer capítulo y que es una clave para comprender todo lo que sigue. Para el

LOS LIBROS SAPIENCIALES

Es necesario que echemos una mirada a los libros conocidos como «sapienciales». ¿Cuáles son?, ¿de dónde vienen esos nombres en algunos casos enigmáticos?

En primer lugar, son cinco los libros que reciben la designación de sapienciales: Proverbios, Eclesiástico, Eclesiastés, Job y Sabiduría.

Los nombres que se prestan a confusión son Eclesiástico y Eclesiastés. A veces algunos prefieren darle el nombre hebreo para evitar confusiones. Así, Eclesiástico es Ben Sirá o también Sirácida, y Eclesiastés es el Qohelet.

El nombre de Ben Sirá lo proporciona el mismo libro; si leemos su Prólogo veremos cómo su autor nos dice que el libro fue escrito en hebreo por su abuelo, Jesús Ben Sirá y que él lo ha traducido al griego. La Iglesia lo «rebautizó» con el nombre de Eclesiástico por el uso frecuente que tenía en las primeras comunidades.

Caso totalmente distinto es el del Eclesiastés. En hebreo se usa una palabra ciertamente extraña: Qohelet, que unos traducen como «Predicador» como si se tratase de un oficio y otros dicen que tiene que ver con «la persona que convoca la asamblea litúrgica» y de ahí su traducción al griego: *ekklesiastés*. Qahal en hebreo y *ekklesia* en griego significan «asamblea litúrgica».

Aunque estos dos libros tengan un título similar su contenido es, sin embargo, totalmente diverso. No debemos, por tanto, relacionarlos como si tuvieran una trama común o fueran intercambiables. Además, a la hora de citarlos, no debemos confundir *Ecl* que indica Eclesiastés con *Eclo* que es la abreviatura de Eclesiástico.

Sirácida la verdadera sabiduría que conduce a la perfecta alegría y a la plenitud de la vida humana comienza y culmina en el temor de Dios.

El **temor del Señor** es gloria y honor
deleite y **corona** de **alegría**.

El **temor del Señor** **alegra** el corazón,
da deleite, **alegría** y **larga vida**.

El que **teme al Señor** tendrá un buen final,
el día de su muerte será bendecido.

Principio de la sabiduría es **temer al Señor**,
acompaña a los fieles desde el seno materno.
Entre los hombres estableció su morada para siempre,
y con su descendencia se mantendrá fiel.

Plenitud de la sabiduría es **temer al Señor**,
ella embriaga a los fieles de sus frutos,



Juicio de Salomón.
Escuela de Rafael.
s. XVI, Roma.

llena toda su casa de tesoros
y de sus productos sus graneros.

Corona de sabiduría es el **temor del Señor**;
en ella florecen paz y bienestar.

El Señor la vio y la midió;
él hace llover ciencia e inteligencia,
y exalta la gloria de los que la poseen.

Raíz de la sabiduría es **temer al Señor**,
sus ramas son **larga vida**. (Eclo 1,11-20)

*El temor de
Dios, el amor
reverencial y
confiado a él
es el verdadero
principio
de la sabiduría,
y también su
plenitud*

Vocabulario

⚡ **Eclesiástico:** Nombre latino de uno de los cinco libros bíblicos considerados como literatura sapiencial. Su nombre en hebreo es *Ben Sira*. El nombre latino ha llegado a nosotros a través del uso frecuente que se hacía de él en la Iglesia (*ekklesia*) primitiva. No hay que confundirlo nunca con *Eclesiastés*.

⚡ **Eclesiastés:** Nombre griego correspondiente a uno de los cinco libros de la literatura sapiencial. Su nombre en hebreo es *Qohelet*. El nombre griego quiere ser una traducción del hebreo. La desinencia «-tés» tiene que ver con un oficio, encargo, o misión. Su significado sería para unos «el que preside la asamblea «qahal»; otros traducen como «el predicador». No termina de estar claro, por eso es mejor mantener el nombre en hebreo (*Qohelet*) o en griego (*Eclesiastés*). No hay que confundirlo nunca con *Eclesiástico*.

⚡ **Ben Sira:** En el prólogo no canónico del libro, el que escribe nos dice que él ha traducido la obra de su abuelo Jesús Ben Sira. De ahí que algunos lo denominen también como «el Sirácida». En la tradición de la Iglesia se ha conocido desde antiguo por su nombre latino, *Eclesiástico*.

⚡ **Qohelet:** Tiene que ver con *qahal* (asamblea). Se suele interpretar este nombre como un cargo oficial: «el que convoca o preside la asamblea litúrgica». En la tradición protestante, a partir de Lutero, se ha traducido como «el predicador». Con todo, su etimología no está clara.

⚡ **Qahal:** Palabra hebrea que designa la «asamblea litúrgica». Posteriormente se traducirá al griego como *ekklesia*. De ahí la relación entre *qohelet* y *ekklesiastés*.

⚡ **Hakam:** Palabra hebrea que designa al sabio. Es la persona instruida pero es también la persona hábil, sensata, religiosa, con sentido común y con sagacidad para la vida. Experto en la Ley de Dios y en la experiencia diaria, sabe leer los acontecimientos y extraer una enseñanza para la vida.

⚡ **Hokmah:** Palabra hebrea de la misma raíz que *hakam*. Es difícil traducirla con una sola palabra. Significa «sabiduría», pero es también «sagacidad», «prudencia», «habilidad», «sensatez».

⚡ **Temor de Dios:** Es la traducción literal de la expresión hebrea *yir'at Yhwh*. Sin embargo, no pretende suscitar el terror o el miedo entre los creyentes. Quiere expresar, de forma positiva, la actitud religiosa, confiada, adoradora, observante, del creyente en el Dios de Israel.

*La
sabiduría
es sensatez o
cordura para
actuar con
dignidad,
sencillez y
bondad en la
vida diaria.*

*La sabiduría
sentada en su trono.
Miniatura, s. XIV.
Turín.*

Es un poema netamente positivo. En él subyacen imágenes bien de la vida familiar (seno materno, morada, descendencia), bien de la naturaleza (lluvia, frutos, flor, raíz, ramas). Con la sabiduría viene la abundancia material (tesoros, graneros llenos) y espiritual (ciencia, inteligencia), disfrutando de una larga vida en **alegría**. Ahora bien, no es posible la plena sabiduría si se da la espalda a Dios. El temor de Dios, el amor reverencial y confiado a él es el verdadero **principio** de la sabiduría, y también su **plenitud**. Es la **raíz** donde se agarra a la tierra y donde se nutre, y es la **corona** que indica su punto máximo de gloria.

También el libro del Eclesiastés, con su punto de lucidez desencantada llega a la misma sentencia:



«En conclusión, y después de oírlo todo, teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es ser hombre » (Qoh 12,13). ■

PARA UN TRABAJO EN COMÚN

1. Descubrir la Biblia

Objetivo: Acercarnos al mundo de los sabios en su contexto bíblico.

Propuestas de diálogo:

- ¿Qué entiendes tú por persona sabia? ¿Una persona sin estudios oficiales o reglados puede ser sabia? ¿En qué consiste la sabiduría?
- Entre todos hacemos una lista de palabras que tengan que ver con sabiduría entendida no sólo como conocimiento intelectual, sino como forma de estar y actuar en la vida.
- En la Biblia es fundamental el sentido religioso para ser considerado un sabio. ¿Crees que la fe o la actitud creyente son indispensables para ser una persona sabia? ¿Qué aporta la fe a la experiencia humana?

2. Texto para orar: Eclo 4,20-31

- Se proclama en voz alta y se escucha.
- Después de un silencio se hace eco, sin comentar nada (cada uno tiene el texto delante; a poder ser la misma traducción).
- Cada uno comenta brevemente qué es lo que le ha llamado la atención del texto, desde su propia experiencia o desde situaciones reales de la vida.
- Oración espontánea (bendición, preces, acción de gracias) a partir del texto que se ha proclamado.

3. Canto final

Danos un corazón, insistiendo en el sentido de lucha por la verdad y justicia, unidas a la sabiduría, que transmite el texto.